

UN PAVO ROSA

(Acto I)

¿A quién llamas tú Dulcinea?

Diana Gutiérrez

*A todos aquellos,
por aquellos años*

¿Qué quiere conseguir así?
¿Qué quiere conseguir?
¿Cómo cabalga en un sueño irreal
bajo la carga del viejo metal?
¿Cómo entre fábulas puede vivir?
¿Y qué puede ver en mí?

(Canción “¿Qué puede ver en mí?” del musical
El hombre de La Mancha, 1965)

Hay una Dulcinea que crea cada cual.
Es suya y de nadie más, un sueño de la vanidad.
Es mágica y sensual, esa Dulcinea
que vive en su interior.

(Canción “A cada cual su Dulcinea” del musical
El hombre de La Mancha, 1965)

0. Anuncio

01.VI.1998

O SEA GIMNASIO

No va a ir ni Cristo

Se informa a todos los alumnos del I.E.S. Alonso Quijano de Alcalá de Henares que la representación de la obra musical "EL HOMBRE DE LA MANCHA" se realizará finalmente en el salón de actos el día 30.VI.1998 con motivo de las pruebas de acceso a la universidad de los alumnos de 2º de Bachillerato, para que a estos les sea posible preparar su Selectividad con el debido tiempo y dedicación. **TU PADRE**

El elenco de alumnos protagonistas participantes en la obra queda finalmente como sigue:

-MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA/DON QUIJOTE DE LA MANCHA: Alejandra Blanco (1º Bachillerato)

-ALDONZA/DULCINEA: Verónica Harrington (4º ESO)

-SANCHO PANZA: Jorge Soccoli (1º Bachillerato)

-EL GOBERNADOR/POSADERO: Román González (2º Bachillerato)

-EL DUQUE/SANSÓN CARRASCO: Miguel Aguado (1º Bachillerato)

-SOBRINA (ANTONIA QUIJANO): Nuria Armentera (4º ESO)

-AMA: Eva Chiloeches (2º Bachillerato)

La obra está dirigida por el Exmo. Prof. D. Leandro de Moretón, (MARI...) Profesor de Literatura, Lengua Española y Lengua Inglesa en este instituto, que amablemente se ha prestado a esta labor.

Deseamos la mayor participación por parte de la audiencia e invitamos a todos los alumnos a que avisen a sus Señores Padres de la representación de dicha obra, que no dudamos que sus valores intrínsecos y la atemporalidad y universalidad del gran escritor oriundo de nuestra querida Alcalá, será un gran espectáculo para toda la familia.

La Dirección

TU PADRE

?olo-escoba
contra los
ndinos!!!



NO... ES A CAJONDEO
esto es una broma??

Guidao
con la
DULA

Si no te
meta una
osta para

Lo de Sancho sobre

TIA BUENA



1. Nick

29 de agosto de 1998, en algún lugar de Nueva Alcalá

—¡Mierda!

Nick Harrington levantó la cabeza y miró las soleadas colinas que la rodeaban. El nudo de la hamaca se deshizo, Brad Pitt dejó de sujetar amorosamente su rostro y Keanu Reeves emergió de entre sus piernas con la misma expresión de perplejidad. Nick rodó por el suelo, se escurrió sin poder evitarlo por el agujero que en él se había abierto y aterrizó de golpe en el mundo de los vivos. Cerró los ojos con fuerza. *Oh, no, ahora no.*

Despertarse siempre era duro. En los días de diario, al despertador no se le acallaba con un simple manotazo. Si una quería seguir durmiendo, había que cogerlo, desenchufarlo y volver a hacerse un ovillo entre las sábanas. Y el jodío era persistente, quizás por la pila que llevaba puesta, que hacía que incluso desenchufado fuese capaz de emitir —si le daba por ahí— la melodía de *En la granja de Pepito, ía-íá-o*, sin nada que lo conectase a la corriente, como una escolopendra partida por la mitad o una lagartija sin rabo que sin embargo seguía correteando por ahí y daba el mismo asco.

No obstante, casi era peor cuando el despertador se callaba. Vale, una podía dormir unos cuantos minutos más y era muy feliz; pero de pronto comenzaban los manotazos en el lomo y la dichosa voz:

Un pavo rosa

—¡Mierda! ¡Verónica, las siete y cuarto, Verónica! ¡Mierda! ¡El café, Verónica! ¿Qué haces que no te has levantado todavía?

Aun así, Nick continuó con los ojos obstinadamente apretados. Su otro yo observó con nostalgia por el agujero del techo a Brad Pitt y Keanu Reeves, que se inclinaban para saludarla, con la camisa entreabierta y los pectorales al aire. *Nota mental: los tíos siempre están mejor con el pecho depilado. Proponérselo a Richi si lo vuelvo a ver. Ay, Richi. ¿Qué hostias digo? Eliminar nota mental.* Volveré pronto, la noche siguiente si puedo, voceó Nick. Pero el deber, fuera lo que fuera aquello, la llamaba; contra sus costados se refregaban las cosquilleantes sábanas de la cama; el puñetero rayo de sol que se colaba por la ventana caía sobre su frente y, si se esforzaba, a medida que se cerraba el agujero que la comunicaba con Brad y con Keanu, podía escuchar los pajarracos que cantaban a pleno pulmón junto al río. *Ruiseñores, tu padre.* El deber. Mierda...

Entonces Nick se dio cuenta de algo.

La voz que había dicho “mierda” no era la conocida voz que le golpeteaba los oídos cada mañana. Por lo tanto, tampoco pertenecía a la persona que le golpeteaba el lomo cada mañana. Su “mierda” había sonado tentativo, casi desesperado. Los ojos de Nick se movieron un poco bajo sus párpados. No se le ocurría quién podía hacer que esa palabra sonase así.

La comunicación con L.A. se cerró definitivamente y Nick fue Nick de cerebro pastoso sobre la cama, incapaz de hacer mucho más que mover los dedos del pie y ordenar a sus párpados (sin éxito) que comenzasen a ir pensando así como en abrirse en el cuarto de hora siguiente. Hizo un esfuerzo supremo y deslizó el pie hacia atrás, hasta que su talón se topó con el trasero de alguien sobre el colchón. Las nalgas ajenas brincaron y los muelles de la cama emitieron un pequeño estruendo.

—¡Ay, caray! Mi... mi...

Los ojos de Nick se abrieron como los de su muñeca favorita de la infancia al ser colocada en posición vertical. Se incorporó. Sintió náuseas y un dolor le martilleó las sienes al más puro ritmo *techo-jarcor* del Radical, pero hizo de tripas corazón y consiguió volver la cabeza hacia el otro lado de la cama.

Una chica le devolvió la mirada. Estaba de pie junto a la cama y su rostro medio dormido sugería que acababa de levantarse de un brinco. Llevaba una enorme camiseta negra desgastada y unos vaqueros de pitillo que habían soportado un sinnúmero de lavados. El cabello largo y oscuro se le enredaba por los hombros. Pero lo que desconcertaba a Nick eran sus ojos, *aquellos* enormes ojos azules con tanto iris que resultaban antinaturales, y su boca. Tenía los labios gruesos y la comisura se le curvaba hacia arriba en una especie de tic nervioso.

—Buenos días. Me alegro de volver a verte. Despierta, quiero decir; despierta por fin. Si no es mucho preguntar, ¿dónde tenéis el detergente?

—Qué... —El cerebro de Nick aún se hallaba procesando la información visual—. ¿Qué detergente?

—Detergente de ropa. Como para lavar. Es que, verás, me conozco un poco cuando pasan este tipo de cosas, y lo que mejor funciona es el detergente. Si me dices dónde está, preparo un barreño y te ayudo a limpiarlo. Supongo que en el baño habrá jabón, pero no hace el mismo efecto.

Nota mental: comprar detergente. Nick rescató la nota mental del pasado miércoles de algún lugar de su cerebro y dejó que revoloteara libre por la habitación. Se puso de rodillas sobre el colchón y contempló perpleja a su interlocutora, cuyas mejillas cobraron de repente algo de color. Nick miró hacia abajo y se tapó con la sábana de un tirón. Una escalofriante idea se abría paso poco a poco en su soñolienta cabeza. *Estoy soñando. ¿Dónde coño están Brad y Keanu?*

Había manchas en la sábana y en el suelo, sobre el caído aparato de teléfono, que descansaba sobre la loseta como una especie de rana mecánica destripada. De su larga y delgada tripa colgaba el auricular, con unas marcas alargadas de un color entre rojo oscuro y marrón en las que casi se podían leer huellas digitales. Nick guiñó el ojo. Sus sienes se quejaban; era evidente que tenía una resaca del quince.

—Ah... Espera un momento.

Se enredó la sábana a la cintura y bajó como pudo de la cama. Pasó al lado de la chica, tiró de la sábana hasta que la sacó por completo y, con ella colgando, fue al cuarto de baño. No quiso mirarse en el

Un pavo rosa

espejo. Tomó la esponja y su champú Timotei de la repisa de la ducha —lo de los otros botes que se cayeron en el proceso, como el estúpido Johnson's Baby de su madre y la espuma de baño que criaba moho por falta de uso, eso no fue culpa suya— y volvió a la habitación. Todavía le sorprendió verla allí. La chica continuaba mirando el teléfono como si se tratase de un milagro divino.

—Quita. Vamos a probar con esto —dijo Nick y, tras echarse un poco de champú en la mano, lo restregó por el auricular. Después pasó la esponja por él y las teclas hasta hacer espuma.

—¿Traigo agua?

—¡No!

Limpieza. Limpieza, martilleaba la cabeza de Nick a ritmo *tecno-jarcor*. Siempre había pensado que entre eso y el bakalao no había mucha diferencia. Y aunque ahora no estaba como para prestarles mucha atención a su jaqueca ni a sus ganas de potar, ya les daría rienda suelta cuando hubiera solucionado el problema.

Nick se incorporó y refregó de la misma forma la sábana bajera de la cama. Blanca no quedaba, pero las delatoras manchas se iban difuminando. Por su parte, su vecino eligió ese momento para dar volumen a Los 40 Principales, el Play Music o lo que fuera que estaba escuchando esa mañana: *baila que ritmo te sobra, baila que báilame*, retumbó la pared con la voz de Chayanne.

A la derecha de Nick, la chica carraspeó.

—Podría ir preparando el desayuno.

—Oye, una pregunta. —Nick se volvió—. ¿Tú siempre te levantas con estos ánimos, como si fueras un puto anuncio de Ausonia? Espérate un segundo a que... —La mención de la marca de compresas le recordó algo—. Oh, mierda. ¡Joder!

Nick apartó un poco la sábana que la recubría. Una nueva mancha roja había aparecido en un lugar estratégico. La chica se movió como si le hubiese picado un bicho y se lanzó bajo la cama. Apareció tirando de la pernera de unos pantalones.

—Aquí.

—No, no, deja eso —dijo Nick, pero alargó los brazos como si

la prenda fuese agua de mayo. Entonces la chica se dio la vuelta, Nick dejó caer la sábana y recuperó algo de su dignidad, si se podía llamar dignidad a llevar puestos unos pantalones llenos de polvo y una compresa sucia del día anterior entre las piernas.

Nick hizo una bola con la sábana y correteó por el piso hasta incrustarla en la lavadora. Cuando regresó, empleó los restos de Timotei en limpiar algunos rastros de sangre que se habían filtrado hasta el colchón. Mientras tanto, la chica se había sentado en la única silla del cuarto, bajo el rayo de sol de la ventana, y hojeaba nerviosamente una de las pocas revistas musicales que Nick poseía. En particular, una Bravo de hace meses con los Backstreet Boys en la portada. La música continuaba en el piso de al lado: *baila que ritmo te sobra, baila que báilame, acércate un poquito, Salomé*.

—Bueno. —Nick resopló y levantó por fin la cabeza de su tarea—. Tú querías desayunar, ¿no?

—¡Sí!

Nick se dirigió de nuevo a la cocina. Esta vez comprobó que todo estaba en su sitio: el cerdito Danisuco feliz en su estantería (y con el mismo peso de siempre: buena señal), las puertas de las encimeras con sus bisagras, la mesa todavía con el envoltorio de las magdalenas de ayer. ¿Ayer? Nick se frotó la cara.

La voz que día a día atronaba sus despertares retumbó en las paredes de su cerebro y desparramó sus ficheros de notas mentales. *Yo me voy, a ver cómo te las apañas* (se vuelve antes de salir). *Mierda, se me han olvidao las llaves* (taconeo nervioso por parte de una madre que en su vida sabrá llevar tacones. ¿Por qué ahora se pone tacones para ir al curro? ¿No será que quiere ligarse a otro cadete? Siempre la misma puta historia, joder). *Y ahora dónde coño, a ver, ¿Verónica, dónde están mis llaves?* (yo qué sé, mama, en el cajón de la entrada). *Vale, y oye* (se gira de nuevo), *no se te ocurra montarme aquí ningún circo, ¿eh?*

Pero qué circo, mama. Nick pone su cara más inocente. *Tú lo sabes, que estamos en fiestas y yo no soy tonta, ¿eh? Abí todo el día tumbada sin hacer nada, y por la noche salimos con los amiguitos y nos ponemos contentos* (la madre de Nick se lleva la mano a la nariz, se da unos golpecillos y hace un gesto como de aspirar), *¿eh? Que yo trabajaré mucho, pero tonta no*

Un pavo rosa

soy. Y deso aquí ni se te ocurra meterlo; vamos, que como yo te pille algo deso en esta casa, sales pitando por la ventana. Que sí, mama. Pues vale. Pues vale. Entendido queda. Anda, pírate ya y déjame en paz, piensa Nick de mal humor. Y desde su postura horizontal en el sofá, solo se ve a Yinyeroyers acurrucada en su rincón del techo y, más allá, el viejo perchero del abuelo con las gorras militares y el sombrero vaquero blanco.

Una tos resonó detrás de ella. Se fijó en que la chica la había seguido hasta la cocina, *Bravo* en mano, y se sintió perseguida. *Vale, un momento: le has dicho de desayunar. No es que te esté acosando, sino que a lo mejor tiene hambre. ¿Cuál era su nombre? Alex, eso. Se llama Alex.* Clavó por un instante su pupila en el iris azul y se giró para cargar la cafetera.

—¿Te gusta el café?

—Sí —contestó la chica, Alex—. Con leche.

—Leche no sé si quedará. —Nick abrió la nevera y sacó el cartón de la puerta. Hizo el ademán de verter la leche en un vaso y un líquido blanquecino, apestoso, goteó desde la abertura—. Vale, no hay.

—Oh, es que no tomo café solo. Cuando tenía doce años me bebí un vaso sin nada de leche, con tan solo una galleta para acompañar, y me sentó fatal al estómago. Estuve tres días vomitando. El médico me dijo que es que tenía un tracto digestivo bastante sensible. No me gustaría repetir la experiencia.

Nick la miró por encima del hombro.

—Tampoco hay madalenas ni galletas.

—En casa siempre tomo tostadas. Si quieres las hago. Sé hacerlas en sartén. ¿Y sabes una cosa que me sale muy bien? Las tortitas.

—¿Cómo tortitas?

—Sí. De esas que compras una masa, la bates y luego la vas echando en una sartén con un poco de mantequilla. —Alex agitó las manos en el aire como complemento de su explicación—. O bueno, yo las hago con aceite. Hay que cuidar que la tortita no salga demasiado fina ni demasiado gruesa; las finas se parten y las gruesas son demasiado pesadas. Y luego también hay que dejarlas el tiempo justo

Diana Gutiérrez

en el fuego para que no se quemem ni salgan crudas. Si las tomas con nata o con caramelo, están muy buenas. ¿Tienes nata?

—No.

—También saben bien con mermelada.

—Hay margarina.

—¡Oh! —Álex hizo una pausa y Nick escuchó cómo jugueteaba con el envoltorio de las magdalenas—. Bueno, tendrá que valer. Aunque puede saber un poco demasiado graso... pero muy americano, desde luego.

Nick se restregó los ojos. A su lado, la cafetera comenzaba a borbotear, y un poco de café se derramó desde la juntura hasta la llama azul del gas. Era posible que, cualquier otro día, Nick hubiese aprovechado para correr hasta su cama y lanzarse a los brazos de Brad y Keanu un minuto, dos, cinco, antes de que la voz de sus pesadillas chillara “¡Verónica!” una vez más y hubiese que correr a quitar la cafetera del fuego. Pero ahora tenía a una chica de pantalones de pitillo que reposaba su huesudo trasero (que Nick había palpado previamente con el pie) en la silla de formica de la cocina y no se callaba, y hablaba de unas cosas que a Nick le traían a la cabeza imágenes de despertares en pelis románticas estilo *Siempre queda el amor* y similares; y a Nick, que sentía náuseas ante la simple idea de echarle al estómago medio vaso de café, le estaban entrando unas ganas terribles de meter la cabeza en el horno sobre el cual se cocinarían las dichas tortitas. Lástima que para suicidarse de esa manera no sirvieran los hornos eléctricos. Y si una no quería vivir en una finca rústica en Valladolid y pasarse la vida adorando a las cabras, la manera más fácil de encontrar un horno de gas en aquellos tiempos era vivir en Estados Unidos. Y punto.

—El caso —dijo mientras se volvía lentamente hacia Álex— es que tampoco hay pan.

—¿Bimbo, tostado?

—De ninguna clase.

—Oh, vaya. —Por primera vez, los ojos azules mostraron algo parecido a preocupación—. Claro. Porque no vamos a untar la mantequilla en la pizza que yace en el salón, me temo.

Un pavo rosa

—Yo no, desde luego. —Nick levantó a Danisuco de su sucio tapete de cuadros, le dio la vuelta y le quitó el tapón de corcho de la barriga—. Mira. Veinte, cuarenta, sesenta, trescientas cincuenta pe-las. Sales de aquí, cruzas la calle y a la izquierda está el Mercadona. Tienen pan de todas clases. Y madalenas.

—¿Cómo? Pero yo no conozco...

—La tercera a la izquierda. —Nick derramó las monedas sobre la mano extendida y la cerró con una palmadita—. Si vas por la calle, lo ves.

—Me podrías acompañar.

—Es que me duele mazo la cabeza.

—Pero la casa es tuya.

Había una leve queja en aquel maullido.

—No, es de mi madre. Bueno, ni siquiera, es del banco. —Nick se frotó la sien y contuvo un bostezo—. Si vas, yo preparo el café y... —Retiró la cafetera del fuego y lo apagó— lo sirvo en los vasos.

—Vale. Compró leche...

—... madalenas...

—Leche, magdalenas y pan. Ahora que lo pienso, también podría comprar tortitas. Aunque no recuerdo qué marca es la que teníamos en casa. Sé que hay una buena y otra no tanto, porque deja grumos. ¿Tú tienes idea de qué marcas puede haber en el Mercadona?

—No compres tortitas. —Nick condujo a su interlocutora hacia la puerta—. No hace ninguna falta.

—A lo mejor preferirías un *plumcake*. ¿Te gustan las pasas?

—No. —Nick empujó a Álex hacia el descansillo.

—Entonces un *plumcake* de mantequilla. En Alemania lo llaman *Butterkuchen*. Traigo uno de esos y todo lo demás. ¿Qué te parece?

—Que... como veas.

Cuando iba a cerrar la puerta, Álex puso la mano en la juntura y asomó por allí la cabeza.

Diana Gutiérrez

—Y la leche, ¿cómo la quieres? Yo, en general, prefiero Pascual. Y eso sí, desnatada. Una vez conocí a una amiga de mi madre que trabajaba en una central lechera. Nos contó cosas horribles. Por lo visto, desnatan toda la leche y luego le echan una especie de proteínas a la leche entera que no son más que huesos y pezuñas machacados. Me pongo enferma de solo pensarlo.

—Ah.

—Entonces leche Pascual desnatada, *Kuchen* y pan. ¡Ah! Y magdalenas. ¿Alguna preferencia?

—Sí. Las que tú quieras.

Nick volvió a poner la mano en el pomo de la puerta, pero aquel último comentario hizo que su interlocutora abriera mucho los ojos (lo que creó una especie de cerco blanco en torno al azul habitual) y, sin que Nick pudiera evitarlo, la puerta se abrió de nuevo como empujada por una ventolera, una mano la tomó por la nuca y un par de labios fríos le plantaron un seco y apretado beso. Un seco y apretado beso *en los morros*. Nick volvió a abrir los ojos como la muñeca de sus recuerdos de infancia —*perdona, perdona, pero tú quién te crees que eres, quién coño te crees que eres, tú*— y se echó para atrás, pero Álex ya la había soltado. De nuevo con las mejillas coloradas y un proyecto de sonrisa en la boca, dio unos pasos hacia la escalera.

—Enseguida vuelvo. ¡Tan rápido como pueda! Lo prometo.

La larga figura desapareció a la carrera junto con su larga sombra. Nick dio un portazo, se apoyó contra la puerta y se dejó deslizar hasta el suelo. De pronto, la música del vecino había enmudecido. Dentro y fuera de Nick, todo era un extraño silencio. Hasta sus doloridas sienes habían dejado de interpretar su particular versión de *tecno-jarcor* alias *bakalao*.

Sintió algo que le pinchaba en el bolsillo del pantalón y tiró para sacárselo. Era una tira, algo arrugada, de cuatro fotos de fotomatón. Nada más la vio, los cables de su cabeza se conectaron otra vez y la música volvió a sonar a todo volumen; a través de la pared, los Ace of Base gritaron *it's a cruel, cruel summer*; las sienes de Nick martillearon y los martillazos retumbaron de un oído a otro, descolocando ficheros de memorias, tirando al suelo notas mentales y

Un pavo rosa

convirtiendo en un amasijo de información sin sentido el archivo de datos personal de Nick, que aunque nunca había estado muy ordenado, al menos había tenido cierto sentido hasta entonces.

Nick se agarró la cabeza con las manos y se mesó el cabello rubio. Al fondo del pasillo, tirado en mitad del suelo del salón, yacía el sombrero vaquero. Su boca la miraba sorprendida, quizás un poco falsa, como una gran O. Nick levantó peligrosamente el dedo índice y le apuntó con él.

—¡Túuuu! —rugió—. Tú tienes la culpa de todo.